

A hand is shown in the upper left corner, holding a needle and thread. The thread is being used to stitch a red balloon. The balloon is the central focus of the image and contains the main text.

**ZAPATERO, EL GRAN
ORGANIZADOR DE DERROTAS**

HISTORIA DE UN DESPROPÓSITO

**JOAQUÍN
LEGUINA**



Joaquín Leguina

HISTORIA
DE UN DESPROPÓSITO

Zapatero, el gran organizador de derrotas

temas de hoy.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Joaquín Leguina, 2014

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2014

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2014

ISBN: 978-84-9998-371-4

Depósito legal: M. 35.506-2013

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain-Impreso en España

Índice

<i>Prólogo</i>	13
----------------------	----

PRIMERA PARTE

1. De la crisis del «felipismo» al éxito de ZP	19
Triunfo y depuración	24
La herencia recibida... y aumentada	29
La obsesión por la imagen	34
2. Luces y sombras en la oposición	36
Cataluña	36
Euskadi	38
Madrid	39
La ley de partidos	44
La ceguera de Aznar	46
La campaña electoral	49
Las bombas	52

SEGUNDA PARTE

3. Primeros pasos en el Gobierno	61
4. Ideología y leyes	67
El feminismo y sus dos caras	68
Verde que te quiero verde	77

El duelo y la revancha. La ley de la memoria	
histórica	81
Leyes benéficas	85
Talante y estilo	88
Mangoneo	91
5. Los grandes objetivos históricos	100
La ideología nacionalista	101
Una izquierda abducida y zombi	107
La butifarra	113
El embrollo estatutario	116
La sentencia	124
Una coda sobre el PSC	127
El síndrome de la emulación	129
Al paso alegre de la paz	131

TERCERA PARTE

6. El camino hacia Damasco	147
El triunfo de 2008	151
Sueños y realidades	155
Un baile de disfraces. El caso Sortu-Bildu	158
La intervención griega	161
El triste semblante de un suicida	166
Una mirada hacia la Selva Negra	182
7. La campaña	192
8. La noche triste	199

CUARTA PARTE

9. Oposición y Gobierno	205
El final del paganismo y el comienzo de lo mismo ...	214
Donde dije digo, digo Diego	219
Malos principios, malos estilos	221
La necesidad y la virtud	230
El reñidero catalán	235

10. Corrupción y desafección	242
Bárceñas	247
El yerno	251
Los ERE andaluces	254
¿Tiene arreglo la corrupción política?	259
11. El grano del PSC	264
<i>A modo de epílogo. La conferencia de noviembre de 2013 y los problemas pendientes</i>	<i>273</i>
<i>Agradecimientos</i>	<i>279</i>
<i>Índice onomástico</i>	<i>281</i>

DE LA CRISIS DEL «FELIPISMO» AL ÉXITO DE ZP

El PSOE se presentó a las elecciones de 1996 en malas condiciones anímicas y políticas. A la división interna entre «renovadores» y «guerristas» —un contencioso nunca resuelto— se unía el paso a través de un auténtico viacrucis mediático-judicial, el cual ocupó la última legislatura de Felipe González (1993-1996). En esa legislatura, se mezclaron los más variados escándalos, desde los GAL hasta la huida, caza y captura de Luis Roldán —el director de la Guardia Civil, que había acumulado un notable patrimonio personal a base de trapacerías— pasando por Filesa y todo un rosario de financiación ilegales del partido. Todo esto fue utilizado como munición por el PP en aquella larga «carga de la brigada ligera» cuyo eslogan pretendía resumir en tres palabras la acción de Gobierno de los socialistas: «Paro, despilfarro y corrupción».

En cualquier caso, habrá de reconocerse que para quienes dirigieron el ataque fue un triunfo, aunque fuera una victoria pírrica (en las elecciones de 1996 solo 300 000 votos separaron al PP del PSOE). Contra lo que se esperaba, el PSOE obtuvo casi nueve millones y medio de votos (9 425 678), un cuarto de millón más que los que había obtenido en 1993, lo que se tradujo en 141 diputados.

De «derrota dulce» la calificó Alfonso Guerra, pero se equivocaba. Aquella derrota representó el final político de una generación a

la que por edad, por ideas y por experiencias vitales pertenezco. Pero no fui capaz entonces de percibir que aquello era el final... Por eso erré el camino. Fui de los que pensaron que bastaría con un descanso para tomar impulso, dejar arreglados los contenciosos internos y volver a la brecha con nuevos bríos y posibilidades de victoria.

Por aquellas fechas andaba yo en la mitad de mi cincuentena y, nada más abandonar la Presidencia de la Comunidad de Madrid (1995), volví a mi oficio de estadístico en el Instituto Nacional de Estadística (INE), donde la gente de mi promoción o aledañas se ocupaba ya de dirigir aquella fábrica, y no tuve sino ayudas para reintegrarme en mi trabajo —después de estar dieciséis años fuera de allí— y lo hice con gusto. Naturalmente, muchas cosas habían cambiado en el INE, y la mayoría de ellas para bien; en tales condiciones, desde mi puesto de asesor del presidente, pude colaborar con algunos trabajos analíticos en torno a fenómenos sociodemográficos que eran los de mi especialidad.

En esas andaba cuando se convocaron las elecciones generales (1996). Caí en la tentación y acepté la oferta de volver a ser diputado nacional. Ahora puedo decir que fue un error político y personal.

En el XXXII Congreso del PSOE, celebrado inmediatamente después de la derrota de 1996, González anunció su renuncia a continuar como secretario general y lo sustituyó Joaquín Almunia. Fue Almunia quien me cooptó para que me ocupara de la política cultural en la nueva ejecutiva. Aquella era una ejecutiva «renovadora», con Cipriano Císcar como secretario de Organización, pero pronto se convirtió en un espejismo. No consiguió ninguna renovación ni pacificó el partido, pero sí cometió un cúmulo de errores que desembocaron en una nueva derrota electoral (año 2000), y esta vez con una fuerte caída en votos (7 920 000 votos, un millón y medio menos que en 1996) y 125 diputados (dieciséis menos que en 1996).

Fue aquella del año 2000 una derrota «hábilmente» trabajada,

entre otros, por quien dirigía el partido. Por ejemplo, una buena mañana, Almunia reunió a la ejecutiva y nos comunicó que había decidido innovar: el candidato del partido a la Presidencia del Gobierno sería elegido mediante una votación interna en la cual participarían en pie de igualdad todos los afiliados. Era un procedimiento que no estaba en los estatutos y por lo tanto no era legal. Un sistema que exageradamente se denominó *elecciones primarias*.

En contra de lo que Almunia pretendía —algo así como una «relegitimación» más allá del dedo de Felipe González, que, según vox pópuli, lo había designado para la Secretaría General—, todas las frustraciones acumuladas se transformaron en una «gran ilusión» regeneradora que Josep Borrell supo aglutinar en torno a su persona... y, claro, Borrell ganó la elección «contra el aparato», como él lo motejó durante toda la campaña interna. Un «aparato» que nunca existió, pues Almunia se trajo gente de fuera de la ejecutiva y puso su candidatura en esas manos, bastante incompetentes, por cierto, y así le lució el pelo. Si hubiera existido un «aparato» de verdad, Borrell no hubiera ganado las primarias, pues en aquellas circunstancias nadie en su sano juicio hubiera celebrado unas elecciones internas con tanto riesgo para el mando.

La noche de la derrota, mientras nos lamíamos las heridas en la sede de la calle Ferraz, Juan Manuel Eguiagaray pronunció una sentencia que creí fruto del pesimismo: «Este es el final político de nuestra generación», dijo. Y, en efecto, así fue... pero, desgraciadamente, fue una muerte lenta. Almunia quiso dimitir aquella misma noche, pero Borrell le pidió que se quedara al frente de la Secretaría General. Joaquín aceptó y aquello fue un error y también un horror.

Así comenzó lo que acabó llamándose *bicefalia*, con Almunia de secretario general y Borrell de candidato. Pronto se pudo comprobar que aquel vehículo solo funcionaba marcha atrás.

Fueron meses de confusión... hasta que llegó lo peor: se descubrió que dos funcionarios de Hacienda que habían sido colaboradores directos de Borrell cuando este era secretario de Estado de

aquel ministerio se habían llevado a un paraíso fiscal bolsas llenas de billetes, dinero procedente de varias coimas obtenidas en sus nuevos destinos en Barcelona.

Acosado por ello, Pepe Borrell —que nada tenía que ver con aquel turbio asunto— decidió dimitir... y quienes lo habían acompañado formando parte de su gabinete como candidato no tardaron en lanzar la especie de que aquel embrollo de las bolsas llenas de dinero había salido a la luz pública a impulsos del «aparato», lo cual, hasta donde yo sé, es falso.

Tras la dimisión de Borrell, Almunia volvió a tomar las riendas y aún tuvo tiempo para un error final: intentar, ya con las elecciones convocadas, un pacto electoral con IU para las candidaturas al Senado, que resultó fallido. Aznar no debió de dar crédito al regalo que se le estaba haciendo, y Rajoy, que dirigía la campaña del PP, desenterró el anticomunismo como quien saca un conejo de la chistera. El PP obtuvo la mayoría absoluta. El PSOE, como ya he dicho, simplemente se hundió, y, antes de que concluyera el recuento electoral, Almunia dimitió de todos sus cargos.

A través de la televisión por satélite que había en las habitaciones del Hotel Carrera de Santiago de Chile, donde yo me alojaba el día de las elecciones españolas, conocí aquella noche antes de acostarme los resultados electorales y pude ver la alegría de los partidarios del PP. Inmediatamente después, las cámaras mostraron la desolada sede socialista de la calle Ferraz y en el atril a Joaquín Almunia anunciando —antes de que se concluyera el recuento— que dimitía de su cargo de secretario general.

Yo estaba en Chile porque el día en el cual se celebraron las elecciones en España tomaba posesión como presidente de la República Ricardo Lagos. Veintisiete años después del golpe de Estado de Pinochet, un socialista, que además había trabajado con Salvador Allende, alcanzaba en las urnas la más alta magistratura del Estado...

y yo estaba invitado a la ceremonia que tuvo lugar en Valparaíso, la ciudad portuaria donde Pinochet había mandado construir una nueva sede para el Parlamento y que luego —no era cosa de desairar a la ciudad de los cerros— nadie se atrevió a ordenar que volviera a Santiago. También Pepe Borrell estaba aquel día en Santiago y me lo encontré en el patio de La Moneda, donde nos saludó el nuevo presidente. A este propósito y antes de continuar, se me permitirán unas rápidas pinceladas en torno a aquel viaje.

Después de asistir a la fiesta popular que tuvo lugar por la tarde en el parque Forestal, frente a la que había sido mi casa durante mi estancia en el Chile de la Unidad Popular y del golpe de Estado (1973-1974), fui a cenar al barrio de Bellavista, al pie del cerro San Cristóbal. Nos sentamos a la mesa: Emma Landaeta, que cuando esto escribo sigue destinada en la Embajada chilena en Madrid; Erich Schnake, que había sido mi jefe de Gabinete en la comunidad durante su exilio en España; su hija Loreto; un notable escultor chileno, Sergio Castillo, y su esposa, Silvia Westermann. Estos últimos también habían vivido exiliados, en San Lorenzo de El Escorial.

Durante la cena se respiraba optimismo, aunque Erich, que había sido un joven y brillante senador en la época de la Unidad Popular, no había tenido ninguna suerte en la vida política chilena desde su vuelta del exilio.

Me es imposible reproducir aquí las conversaciones que tuvimos durante la cena, pero recuerdo con nitidez un diálogo —más bien un monólogo— muy elocuente. No sé a cuento de qué salió a relucir la vida en Europa y la impresión que de ella tenían los latinoamericanos.

—Vamos a ver, Erich —se arrancó Sergio Castillo—, supongo que te acordarás de la primera vez (debíamos tener veinte años) que viajamos juntos a Europa, concretamente a la República Federal de Alemania, que estaba en plena reconstrucción, y luego pasamos por Francia y estuvimos en Italia... y cuando volvimos a Chile, ¿de qué veníamos hablando? ¿Qué fue lo que más nos impresionó de Europa?

—La verdad, no lo recuerdo —confesó Schnake.

—De mujeres, hombre de Dios, de las chicas que habíamos conocido. Y luego, cuando ya éramos cuarentones y viajábamos a Europa, ¿de qué veníamos hablando?

—Sigo sin recordarlo —admitió Schnake.

—Pues de museos. De los excelentes museos que hay allí. Y ahora, cuando volvemos de Europa, ¿de qué hablamos?

Esta vez Erich no abrió la boca y Castillo se respondió a sí mismo con brevedad:

—De hospitales, Erich, solo hablamos ya de hospitales.

Pues en eso estamos ya los viejos felipistas: visitando hospitales o hablando de enfermedades, de médicos y de productos farmacéuticos.

Triunfo y depuración

Mis responsabilidades en la dirección federal del partido acabaron aquel domingo del año 2000 y se me presentaba otra magnífica ocasión para coger los instrumentos e irme con la música a otra parte, pero tampoco esta vez lo hice, aunque sí di un paso atrás cuando se formó la comisión gestora que, presidida por Manuel Chaves, conduciría al PSOE hacia un inmediato congreso. Abandoné la sede de Ferraz, me instalé en el despachito del Congreso y acabé la novela que tenía empezada. Recuerdo que cuando hicimos la presentación de aquel libro (*El corazón del viento*, Alfaguara, Madrid, 2000) en la Casa de América, la campaña electoral interna de cara al congreso estaba concluyendo y el único candidato a la Secretaría General que asistió al evento fue José Luis Rodríguez Zapatero, y no creo que lo hiciera por los intereses literarios, que nunca ha tenido, sino porque allí había mucha gente del PSOE.

Pero yo no apoyé a Zapatero, sino a José Bono, quien durante todo el proceso congresual se mantuvo como favorito en las quinielas y, aunque su campaña interna no se la hubieran preparado peor

ni sus más encarnizados enemigos, al abrirse el congreso en el edificio municipal que Ricardo Bofill había levantado en el Campo de las Naciones de Madrid, seguía siendo él, Bono, quien contaba con mayores apoyos.

Bono, Zapatero, Rosa Díez y Matilde Fernández defendieron sus candidaturas con unos breves discursos ante un plenario del congreso que estaba abierto al público y a la prensa. Cuando Matilde —la candidata de los guerristas— subió al estrado para desgranar sus argumentos, noté algo extraño en su semblante y en su tono de voz. Una preocupación o, quizá, un desengaño. Pronto supimos la causa: ella sabía ya la jugada de la cual estaba siendo objeto. Algunos connotados guerristas —aquellos que más habían empujado para romper la resistencia que Matilde Fernández oponía a su propia candidatura— habían pactado *sotto voce* con el muñidor de Zapatero, José Blanco, para transferirle a Zapatero los votos necesarios que le permitieran desplazar a Bono, a quien los guerristas consideraban un traidor o poco menos.

Escuché los discursos de los candidatos desde la última fila del patio de butacas, y delante de mí se sentaba una granada y veterana representación del periodismo de opinión, adscritos, muchos de ellos, al grupo Prisa. Cuando Zapatero concluyó su discurso de vino y rosas, aquellos veteranos plumillas se levantaron de las butacas y se pusieron a aplaudir al joven «salvador» como si acabaran de asistir a la Inmaculada Concepción. Tiempo tendrían de arrepentirse.

Cuando al fin se hizo el recuento de los votos, se comprobó que el pacto había dado sus frutos y Zapatero superó a Bono por nueve votos. Yo estaba en el despacho de Bono cuando le dieron por teléfono la noticia de su derrota, y algo se maliciaba, pues encajó el golpe sin mover un músculo de la cara... e inmediatamente cometió otro error: desistir de cualquier pacto con Zapatero (por ejemplo, para conformar la nueva comisión ejecutiva), dejándole las manos libres para que el ganador hiciera lo que deseara... y, naturalmente, lo hizo.

Allí, en el sanedrín del ganador, estaban —en primera fila delante de las cámaras— José Luis Balbás y sus amigos, exultantes tras la victoria. Tres años más tarde, dos de ellos, metidos en las listas electorales para la asamblea de Madrid a impulsos de José Blanco, darían la espantada, birlándole la Presidencia de la Comunidad al PSOE y a Rafael Simancas. Los métodos de Balbás y los suyos seguían siendo los de siempre; solo habían cambiado sus víctimas. Volveré sobre este asunto algo más adelante.

Rodríguez Zapatero —quien formaba parte de la ejecutiva de Almunia— había llegado al Congreso de los Diputados recién licenciado en Derecho, pero seguía siendo desconocido para el gran público. Discreto, cauto y poco hablador, parecía responder a la definición que Tirso de Molina hizo del hierro vizcaíno: «Corto en palabras, pero en obras largo». Aunque esas «obras» consistieran en la limpieza étnica que había impuesto en su feudo de León, donde —purga tras purga— había liquidado a la vieja guardia, es decir, a quienes habían reconstruido el PSOE por aquellas tierras tras la muerte de Franco, de los cuales no había dejado políticamente vivo a ninguno. Que aquellas batallas internas tuvieran como resultado una evidente decadencia electoral en la provincia de León poco importaba, y menos ahora que la joven promesa estaba ya en lo más alto del podio. Hasta ese momento había ejercido de Dr. Jekyll en Madrid y de Mr. Hyde en León. Quedaba por saber cuál de las dos personalidades perduraría tras su triunfo.

Durante los casi cuatro años que Rodríguez Zapatero fue secretario general y líder de la oposición fui miembro del Comité Federal del PSOE, puesto que abandoné en 2008, después de treinta años en él. Durante ese tiempo también ocupé un escaño en el Congreso de los Diputados representando a los madrileños. Por lo tanto, aun-

que solo fuera como espectador, disfruté de un observatorio privilegiado desde el cual vi llegar y actuar al nuevo socialismo de una forma que, la verdad, no me esperaba.

La fe de los nuevos en eso que llaman *imagen* y en los asesores que dicen manejarla se mostró mayor que aquella que los católicos atribuyen a los carboneros y, en consecuencia, su preocupación por los medios de comunicación fue desde el inicio obsesiva.

Colocados —al fin— en la primera línea, su primer objetivo fue asegurarse la continuidad y, a la vez, alcanzar la meta, tan freudiana, de matar al padre... Pero no solo al padre; también estaban en la lista de la guillotina los tíos, los primos y otros parientes.

De repente, con lo «nuevo» y lo «joven» se construyó un becerro de oro y todo lo que sonara a veteranía era tan *delenda* como lo había sido Cartago para los militares romanos... Y a ello se pusieron con dedicación y empeño, mientras recibían los aplausos de muchos talludos periodistas, encantados, como Dorian Gray, de que sus arrugas se traspasaran no a un retrato al óleo, sino a los viejos socialistas, para quienes predicaban la jubilación y el retiro. «La nueva generación avanza imparable dentro del PSOE», escribían con delectación. Así fue, y en el PSOE se instauró «lo nuevo» como una religión: las ideas, los mensajes, hasta los peinados y los trajes se renovaron, y, encantados de haberse conocido, los nuevos dirigentes se dispusieron a consolidar sus recién ganadas posiciones.

Para un demógrafo como yo, que conocía cómo estaba de envejecida la pirámide de edades que componían entonces los afiliados del PSOE, el truco era más simple que un cubo: descabezar aquella pirámide invertida, pongamos que a partir de los cincuenta años, significaba eliminar cualquier posibilidad de relevo.

Pero ¿quiénes eran aquellas gentes tan sumisas antaño y tan agresivas hogaño? Eran nuestros alevines, muchos de ellos formados (o quizá debiera decirse deformados) en las filas de las Juventudes Socialistas, que no se habían preocupado de iniciar carrera profesional

alguna y que, la mayoría, solo había cotizado a la Seguridad Social a través del partido, ocupados como habían estado —casi desde la Primera Comunión— en cargos políticos o burocráticos.

Gramsci había escrito que una crisis no es sino la expresión de un difícil parto «cuando lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo no acaba de morir». Pues bien, aquí no había crisis, ya que los nuevos estaban dispuestos a eliminar a los viejos de un solo y certero tajo de tizona, dejando, claro está, a algunos veteranos vivos, porque —como se sabe— un par de golondrinas nunca hace primavera.

Ante la velocidad de la maniobra, salté de la sorpresa a la indignación por el despilfarro del que éramos objeto los del «antiguo testamento»... y para mayor decepción personal, vi cómo la mayoría de los veteranos tomaba el camino del Aventino, desapareciendo sin hacer ruido, y otros se pusieron a dorarle la píldora al nuevo mando.

En sustitución de los prejubilados, y como muestra de apertura de miras de ZP y sus amigos, fueron apareciendo en cargos muy significativos personas que se habían dedicado a poner, como suele decirse, de ropa de pascua a los socialistas cuando estos eran gobernantes. Personas —provenientes de IU o más a la izquierda— que, en general, estuvieron poniendo a parir al PSOE hasta el mismo momento en que pasaron a vivir de él... y, lo que es más sorprendente, siguen hoy representándolo en las más altas instancias institucionales.

Me temo que estas «recuperaciones» de personas que nunca fueron «de los nuestros» tienen mucho que ver con el adanismo que Zapatero y su gente predicaron desde el momento en que se hicieron con el poder interno. Si se les escuchaba inmediatamente después de su triunfo, parecía que antes de su llegada a la dirección del partido, este no había existido. Y de haber existido, ellos no asumían ninguna obligación o responsabilidad acerca de lo hecho ni en el pasado remoto ni en el inmediato.

Puede pensarse que estos asuntos tienen una relevancia menor, pues, al fin y al cabo, se trata de cuestiones internas de un partido

político, y esas cosas —se decía y se sigue diciendo— no interesan al público. Pero podemos convenir en que una de las señales que distinguen al buen político del malo es la de utilizar correctamente los recursos puestos a su disposición, y nadie negará que la decisión de eliminar a un buen número de afiliados con sobrada experiencia era un acto de despilfarro. A no ser, claro está, que se piense que todo el mundo vale para todo, o dicho de otra forma: que cualquiera vale para cualquier cargo.

La herencia recibida... y aumentada

Debe aclararse que la etapa inaugurada por Rodríguez Zapatero en el año 2000 arrastraba inercias perversas que, en lugar de atemperarse con su llegada, se exacerbaban, comenzando con lo que podríamos denominar la *metapolítica*, es decir, aquellas ideas y prácticas que se refieren al funcionamiento de la actividad política y no a los contenidos de las políticas. Por lo tanto, estaríamos hablando de cosas tales como el funcionamiento interno de un partido o la obsesión de los líderes por «la imagen».

Una parte relevante de lo que bien podría denominarse *penosos antecedentes* del zapaterismo está constituida por los dos ítems ya citados: a) la democracia interna y b) la obsesión por la imagen. Asuntos que operaron —a mi juicio negativamente— desde el principio de aquella andadura. Vayamos a ello.

Según señaló en su día el profesor García Pelayo —un intelectual exiliado que luego fue el primer presidente del Tribunal Constitucional en la democracia española—, las democracias europeas son «democracias de partidos». Pues bien, en esa línea europea, la Constitución española de 1978 otorgó a los partidos un papel central en el sistema político. Concretamente, en su artículo 6, la Constitución dice lo siguiente: «Los partidos políticos expresan el pluralismo político, concurren a la formación y manifestación de la voluntad

popular y son instrumento fundamental para la participación política. Su creación y el ejercicio de su actividad son libres dentro del respeto a la Constitución y a la ley».

A cambio de tan amplias competencias en la esfera pública, la Constitución española impone a los partidos solo una condición (artículo 6): «Su estructura interna y su funcionamiento deberán ser democráticos».

Ante una declaración genérica, como esta del artículo 6, era de esperar que una ley concretara esas obligaciones democráticas, pero la ley de partidos, varias veces modificada, sigue sin decir nada acerca de la estructura y el funcionamiento de estos. En la práctica, los partidos políticos españoles se han convertido en estructuras burocráticas cuyo funcionamiento contradice la democracia, cualquiera que sea la interpretación que se le quiera dar a esta palabra. Veámoslo.

Las palabras *democracia* y *democrático* pueden entenderse de muy diversas maneras, mas cuando esas palabras se refieren al *funcionamiento* de una institución, cualquier persona entiende que dentro de ese *funcionamiento*, si ha de ser *democrático*, deberán darse, al menos, dos actividades: 1) un debate libre de ideas y propuestas y 2) elecciones.

En otras palabras, la democracia exige competición (de propuestas y de personas) ante un cuerpo electoral, que es quien decide y elige. Lo demás puede ser motejado de tranquilo o, con más propiedad, de sumiso, pero no es democrático. Y desde luego, la cooptación, ya sea de tipo papal respecto al colegio cardenalicio, ya sea corporativa, como es práctica en las reales academias, no es una elección. Dado que, precisamente, la cooptación es la norma general en los grandes partidos españoles, se puede concluir que estos no cumplen con la primera condición, pues detestan las elecciones.

¿Cumplen la condición del debate? Evidentemente, no. Lo explicaré con un ejemplo.

En el Comité Federal del PSOE, durante la etapa de Zapatero,

no existió debate alguno, entendido este como confrontación de ideas y propuestas. El debate fue sustituido por el comentario. En efecto, allí solo se comentaba —generalmente de forma elogiosa— lo que había hecho o dicho previamente el mando, y, por supuesto, jamás se votó otra propuesta que no fuera la presentada por la ejecutiva.

He pertenecido al Comité Federal del PSOE —ya lo he escrito— durante casi treinta años ininterrumpidamente (1979-2008) y he vivido los cambios que se han ido produciendo en su funcionamiento. Los trataré sucintamente.

En su inicio, y en lo tocante al apoyo o censura de la gestión de la comisión ejecutiva, el comité federal es una especie de parlamento interno que controla a la comisión ejecutiva, y tradicionalmente en él solo se podía hablar en contra de la gestión de la ejecutiva, pues se suponía que la ejecutiva se bastaba sola para defenderse. Pero un sistema tan rígido podía dar la impresión de que la ejecutiva estaba aislada, por eso los estatutos autorizaron después que se pudiera elogiar la labor de la ejecutiva. Mientras Felipe González y Alfonso Guerra fueron los mandamases, los elogios y los pelotillos fueron moderados y las más de las veces se disfrazaban con ironía y otras artes retóricas. Pero cuando llegó Zapatero, los elogios se dispararon hasta el sonrojo. Se instaló, además, la (mala) costumbre del aplauso dirigido al mando o a quien glosaba sus méritos, y cuando alguien salía a criticar, aunque lo hiciera moderadamente, el silencio se cortaba y los presentes creaban un frío ambiente para que el crítico —que jamás recibía un aplauso— sintiera el vacío que merecen los herejes.

Siempre que salí a la palestra en el comité federal durante la etapa de Zapatero —y salí muchas veces y siempre para reconvenir al mando—, sentí esa presión ambiental, aunque, la verdad, tales actitudes me trajeron al fresco. Las críticas obtenían del auditorio dos respuestas: la indiferencia franciscana o la descalificación. En mi caso, de las primeras hubo muchas, y de las segundas, unas cuantas. Relataré dos.

No recuerdo de qué iba la cosa, pero critiqué alguna decisión del Gobierno y ZP tuvo la deferencia de tomar mi intervención en cuenta y me contestó con una pata de banco como la siguiente: «Leguina escribe muy buenas novelas... pero, la verdad, últimamente en cuestiones políticas no atina demasiado».

En otra ocasión le reproché que en los nombramientos no tuviera en cuenta «el mérito y la capacidad» de los promocionados. La respuesta —muy significativa— vino a ser la siguiente: «Cualquier militante puede aspirar a cualquier cargo interno y, por supuesto, mientras yo sea presidente del Gobierno, cualquier socialista podrá ser promocionado a cargos gubernamentales de alta responsabilidad».

Lo dicho: que todo quisque vale para cualquier cosa.

La prueba de que la burocratización viene de lejos la tenemos en los reglamentos de las cámaras (Congreso y Senado) pergeñados por los aparatos partidarios y aprobados durante la etapa constituyente. Estos reglamentos niegan la existencia del parlamentario como individuo, pues absolutamente todo —hablar, preguntar, escribir...— se ha de hacer con el visto bueno de la jefatura del grupo y nada le está permitido al diputado a título individual en tanto que persona elegida por sus conciudadanos. Este ninguneo llega hasta el paroxismo (dudosamente legal) cuando, a la hora de cobrar el sueldo, el parlamentario español no lo recibe de la institución a la que sirve (Congreso o Senado), sino que a él le paga su partido (previos descuentos para financiar la organización partidaria, multas y demás cargas).

Estas prácticas denunciaban ya la existencia de un sistema de «selección de personal» en el cual «mérito y capacidad» (artículo 103 de la Constitución) se acabaron convirtiendo en palabras malditas dentro de los partidos, siendo sustituidas por un mecanismo de vieja raigambre romana: el nepotismo. Un sistema endogámico de promoción cuyos efectos perversos saltan a la vista. Muñoz Molina lo ha visto así:

En ningún otro campo profesional se puede llegar más lejos careciendo de cualquier cualificación, conocimiento o habilidad verificable. Se puede dirigir un hospital y hasta ser ministro de sanidad sin tener la menor noción de medicina, y ocupar un puesto de alto rango en la política internacional sin hablar ningún idioma extranjero. He visto a un administrativo entrar de concejal en 1979 y sin haber adquirido ninguna cualificación aparte de la maniobra política llegar diez o doce años después a presidente de una de esas cajas de ahorros que nos han llevado a la quiebra.¹

No descubro el Mediterráneo si digo que en la confección de las listas reside uno de los más evidentes talones de Aquiles que tiene el sistema político en España, y sé que Zapatero no inventó el sistema, ni fue el primero que lo pervirtió. Pero con él la omnipotencia del aparato llegó al paroxismo. Y si había que eliminar a algún molesto o simplemente tibio, se hacía y punto.

Pero no son los partidos los únicos responsables de estos desmanes. La prensa les ha ayudado mucho en esta tarea depredadora. En efecto, durante años se ha ido construyendo una imagen mediática «positiva» en torno a la bondad del liderazgo fuerte y otra negativa que confunde, interesadamente, la confrontación de ideas con la división interna. Por tanto, los medios han jugado en esta construcción «imaginaria» un papel tan decisivo como perjudicial.

En estas condiciones «medioambientales» cabe preguntarse, entre otras cosas, qué papel se les reserva a los afiliados. La respuesta es sencilla y cinematográfica (a lo Cecil B. DeMille). En efecto, toda gran representación teatral precisa de un buen número de figurantes. Los afiliados, antes militantes, se han convertido en eso, en el atrezo de una representación... aunque últimamente también el atrezo es mercenario.

1. Antonio Muñoz Molina: *Todo lo que era sólido*, Seix Barral, Barcelona, 2013.

La obsesión por la imagen

Los políticos siempre estuvieron preocupados por su propia imagen, pero dentro del PSOE llegó a ser una obsesión entre los líderes del «nuevo» socialismo.

Es verdad que el político *representa*, en la doble acepción que puede darse a esta palabra: como actor (teatral o cinematográfico) y como quien actúa en nombre o por cuenta de otros. Las dos «representaciones» son necesarias en la política. Primero, porque alguien tiene que «encarnar» las ideas que se pretenden comunicar y, segundo, porque la democracia es representativa, es decir, que la mayor parte de las decisiones políticas se toman por *delegación*. Sin delegación no es posible la *responsabilidad*, que es uno de los conceptos que separan a la democracia de la tiranía.

La representación es necesaria, insisto, pero no puede, en su acepción teatral, eliminar el texto. Y es precisamente la supresión del texto lo que algunos quieren obtener. Los asesores de imagen y, en general, los publicitarios políticos no buscan otra cosa.

Hace ya algún tiempo que se instalaron en el primer plano de la política nacional conceptos tales como *protagonismo*, *marketing* o *imagen*. No es de extrañar, por tanto, que se haya escrito (David Reyes) lo siguiente: «El vedetismo político actual es hijo del *star-system* y se ha extendido a los espacios sociales de producción, reproducción y representación de lo público. Un sistema que fabrica divinidades terrestres con duración mediática de un cuarto de hora».

La publicidad —una disciplina que le debe mucho a Freud y muy poco a Marx— nos dice cosas como la siguiente (sacada del diseño de una campaña electoral del PSOE): nos encontramos en una sociedad para la que vale más un gramo de imagen que un kilo de acciones. Concepción que muestra, en mi modesta opinión, un camino hacia ninguna parte.

Por otro lado, la sumisión de los políticos al reino de la trivialidad y del escaparate implica la negación de las ideas complejas, sin

las cuales la política pierde su alimento principal. Ese escaparate niega —cual Belarmino frente a Galileo— todo discurso complejo, lo cual impide que se eleve el vuelo político por encima del último titular de prensa o la penúltima encuesta de opinión.

Se afirma con gran desparpajo que «una imagen vale más que mil palabras», introduciendo así, de rondón, el mensaje de que las palabras sirven para poco, pues no pueden contener imágenes, pero ¿hay o no hay imágenes en las palabras? Sí, las hay, pero es preciso imaginarlas. Un esfuerzo que no parecen estar dispuestos a permitirnos los forofos de la imagen, para quienes, probablemente, *Las Meninas*, el cuadro de Velázquez, sea solo una «foto de familia» hecha en el Alcázar de Madrid mientras un tipo estaba allí pintando.

Propondo a pensar, sin embargo, que las complejidades que encierran, por un lado, la condición humana y, por otro, la realidad, no se dejan reducir tan fácilmente. La prueba está en que la mayoría del público ve y denuncia las costuras del traje mediático cuya característica más común es la falta de sustancia. En cualquier caso, no es aventurado prever que el marketing político no podrá sustituir a la política tal como esta se ha entendido desde Pericles. Cuando, en 1940, un hombre rechoncho y maduro, con cara de bulldog, que fumaba en público gruesos habanos, prometió a los ciudadanos británicos «sangre, sudor y lágrimas», este no estaba haciendo publicidad ni construyendo una imagen amable de sí mismo. Hacía política. Política que sirvió para que la democracia sobreviviera en Europa.